

EDITORIAL

Miguel Á. Sierra

Pues como dice la canción de los Módulos “todo tiene su fin”. Y mi trabajo como Editor General de Anales de Química y como Director de Publicaciones de la RSEQ termina con este número. Cuando era más joven me gustaban las despedidas románticas, con el bueno alejándose a caballo mientras la chica le despedía con lágrimas en los ojos (soy de esa época). Ahora, después de ver la despedida a Kim Il-sung, con tres días de llantos continuos por parte del pueblo de Corea del Norte (sabiendo además que al primero que parase le fusilaban) he cambiado de gustos. El problema es conseguir que alguien me llore, pero todo se andará.

Dejando aparte estas consideraciones sentimentales han pasado diez años y casi cuarenta números de Anales de Química, desde que Jesús Jiménez Barbero me ofreció ser editor de Anales, oferta que acepté de forma inmediata, y no solo porque fue después de una buena comida y aderezada con copiosas bebidas, sino porque me resultaba muy atractivo. El aliciente adicional era cambiar una revista en papel por una completamente electrónica. Para alguien que cree firmemente que el papel es algo que, por el bien de todos, debe usarse lo menos posible, fue como si hubieran llegado los Reyes Magos. Entiendo que hay muchos nostálgicos, entre ellos unos cuantos editores asociados de esta revista, a quienes el papel les lleva a un estado de consciencia superior. No pasa nada, son pecadillos menores. También hay gente que vuelve a comprar vinilos y encima dicen que suenan mejor que las grabaciones digitales. Probablemente sea cuestión de tiempo volver a poner en marcha un tren con vagones de tercera, de esos que tardaban más de dos horas en ir de Madrid a mi pueblo (65 km), y, seguro que irán llenos. Dejando aparte nostalgias que, todo hay que decirlo, tienen su encanto, hoy Anales de Química es completamente digital, y completamente *open-access*. Por supuesto, y por respeto a aquellos socios a quienes les gusta más el papel, cada número de Anales puede obtenerse impreso. Faltaría más.

Posteriormente, Antonio Echavarren me ofreció continuar como editor de esta revista. Mi reticencia inicial se la cargó Antonio, quien, por desgracia, conoce mis debilidades, con una oferta que no pude resistir. Me prometió un iPad de última generación con una memoria de 1Tb y la pantalla más



grande posible. Por supuesto acepté de inmediato. Lo que no me dijo es que eso sería cuando terminase de ser editor. Tengo la sospecha de que fue una trampa, una de esas promesas que no se piensan cumplir. No importa, me gustaba editar Anales y me sigue gustando.

En cualquier caso, tanto Jesús como Antonio mantuvieron sin ninguna excepción su compromiso de que Anales de Química fuese una revista independiente, dentro de los límites del respeto a las personas y a la RSEQ. No solo eso, su apoyo a la revista ha sido incondicional durante estos años. Sonsoles Martín Santamaría y José Manuel González Díaz como secretarios de la Sociedad completaron el apoyo institucional a Anales de Química. A todos ellos gracias por haberme permitido editar Anales sin interferencias y sí con comentarios que nos han ayudado a mejorar la publicación. Esto ha sido muy importante. Me consta, que en muchas ocasiones las opiniones publicadas en Anales y algunos artículos no científicos, no han sido de su agrado, o estaban en desacuerdo con ellos. Aun así se mantuvieron firmes en su compromiso.

Editar Anales de Química no hubiera sido posible sin la participación de los editores asociados que, prácticamente en su totalidad, son los mismos que empezaron este proyecto conmigo. Sin ellos, sin sus opiniones y su trabajo editorial, llegar hasta aquí no hubiera sido posible. Patricia Yáñez-Sedeño, nuestra secretaria editorial, ha sido también una parte indispensable para que el trabajo de estos diez años llegase a (espero) buen fin. A todos ellos ¡Gracias!

Por supuesto hay un componente fundamental en Anales de Química. El editor al fin y al cabo cobra por su trabajo

(la dirección de la Sociedad se comprometió a una subida salarial anual para el editor de acuerdo con el IPC, algo que han cumplido a rajatabla y sin discusiones, dejando mi sueldo actual, que hago público como los ministros, en 0.00€ mensuales, eso sí con dos pagas extras completas). La parte más importante de la revista son los lectores y los autores. Los primeros han ido creciendo poco a poco, con unos resultados en la distribución por países en los que los lectores mejicanos superan a los españoles, y, si sumamos a los lectores americanos (desde Estados Unidos a Argentina) triplican a los españoles. Esto no solo es bueno. También demuestra que, en el futuro, la revista puede ser una referencia de la química escrita en español. Hay un componente importante de “lectores” indios y chinos atribuibles a los buscadores automáticos. No creo que en Pekín o en Calcuta haya muchos químicos interesados en leer artículos en español, aunque nunca se sabe.

Los autores son, como es lógico, indispensables para la continuidad de Anales de Química. Recuerdo que, en un episodio del Ala Oeste de la Casa Blanca, el presidente Bartlet, antes de su toma de posesión, decía que “el maldito Kennedy nos lo puso muy difícil para decir algo interesante después de *no preguntes qué puede hacer América por ti, pregunta qué puedes hacer tú por América*”. Lo mismo pasa con Anales de Química. No soy muy dado a las frases lapidarias, mi cerebro no da para tanto. Publicamos una portada hace ya años con el dibujo del *Uncle Sam* y debajo “Anales te necesita” (con las consiguientes críticas de algunos puristas). Y es así. Sin usar latinajos, tengo claro que la calidad de los artículos, ensayos, comentarios, etc. es determinante para el éxito de la revista. Quizás no lo tengamos demasiado en cuenta, pero un buen número de profesores e investigadores utilizan el material que se publica en Anales para su trabajo. Además, es una publicidad excelente para que nuestros trabajos y laboratorios se vean. Esto se traduce en que más estudiantes y postdocs consi-

derarán los grupos de trabajo de los artículos publicados en Anales para proseguir con sus estudios. Espero que el número de artículos que recibe Anales se mantenga y, si es posible, crezca. Para todos los autores es un esfuerzo que, en verdad, merece la pena. Para Anales es vital para su crecimiento y su calidad.

Por supuesto, tengo que mencionar y agradecer la columna (durante más de cinco años) de Javier de Mendoza. Sus Radicales Libres son un cierre perfecto para cada número de Anales. Lo único que no me convenía, al principio, era lo de Radicales Libres. Yo le sugerí “cationes calientes” o “heterociclos salvajes”. Afortunadamente, no me hizo caso. Desgraciadamente, la columna de este número es la última, salvo que el futuro editor le convenza para seguir. Yo no he podido.

Voy a terminar. No me gusta extenderme demasiado. En general, desde luego no siempre y depende de qué, lo bueno si breve dos veces bueno. Pero antes de terminar no puedo resistir hablar en esta editorial, una vez más del Sanedrín (la CRUE). Esta mañana he oído en la radio que han pedido ¡800 millones de euros para cumplir con los objetivos de la LOSU! Claramente, o están en un plano existencial diferente o todavía creen en los gnomos. Para cerrar el círculo que empezó con una entrevista a Alfredo Pérez Rubalcaba publicada en el primer número de Anales, en este artículo se publica una entrevista con Eloísa del Pino, la actual presidenta del CSIC. Espero que os guste.

Deseando a Juan Casares, nuestro futuro editor, que disfrute tanto editando Anales de Química como he disfrutado yo, de nuevo os doy las gracias por leer.

Gracias por leer.

¡Hasta pronto!

MIGUEL Á. SIERRA,
Editor General de Anales de Química.